

2
El Cuento Semanal

De la comedia

el amor“ ❁❁

de J. Ortiz de Pinedo

Ilustraciones de MONTERO ::

30 cénts.



El Cuento Semanal

SE PUBLICA LOS VIERNES

2 2 2

OFICINAS: Fuencarral, núm. 90.--MADRID

Apartado de Correos 409.

Director literario: EMILIO CARRERE

AÑO V.--15 de Diciembre de 1911.--TOM. 259

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias: Trimestre, 3,50 pesetas
semestre, 6,50 pesetas. Año, 12. Extranjero: Semestre,
10 pesetas. Año, 18.

Anuncios a precios convencionales

Número suelto: 80 céntimos

COMPRO Y VENDO ALHAJAS

ANTIGÜEDADES, MAQUINAS DE ESCRIBIR
Y FOTOGRAFICAS, PIANO PIANOLA, ESCO-
:: :: :: PETAS Y BIGICLETAS :: :: ::

AL TODO DE OCASIÓN

Fuencarral, 45

REMEDIO DIVINO

ANTIRREUMATICO infalible en todas las manifes-
taciones de tan general y molesta enfermedad. Su
éxito es seguro; á la primera fricción atenua el dolor
por intenso que sea, y con muy pocas más desapare-
ce. Su uso es fácil, cómodo y de positivo resultado.

Pesetas, CINCO el frasco

PEREZ MARTIN Y COMPANIA

Alcalá, 9, Madrid



PASTILLAS CRESPO de Mentol y Cocaína

Su preparación esmerada y exacta dosificación las
acredita desde hace más de 15 años como el mejor
medicamento para la garganta, el más agradable de
tomar y el mayor calmante DE LA TOS. No contienen
opio ni sus compuestos; no ensucian el estómago y
evitan la inflamación de las mucosas.

Pesetas, 1,50 la caja

Por mayor: PEREZ MARTIN Y C.
MADRID, Calle de Alcalá, 9, MADRID

Antinervioso HOWARD

Tónico incomparable, de eficacia indiscutible (proba-
da durante muchos años) para corregir las alteracio-
nes del sistema nervioso. Su preparación en píldoras
facilita el uso y no hay NEURASTENIA que se resis-
ta á su poder. Rechácese toda caja que no sea de
esta y carezca del nombre de sus propietarios.

Pérez Martín y Comp.^ª, Alcalá, 9, Madrid

LEASE BIEN EL PROSPECTO

"LE COQUET"

Peluquería de señoras

12, CALLE DEL DESENGANO, 12

Postizos última novedad. Casa especial en tin-
tes para el pelo y lavados de cabeza. Se peinan
señoras y se dan lecciones.

Fábrica de corbatas

CAMISAS, GUANTES, GENEROS, DE PUN-

TO, ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA

Precio fijo :: CAPELLANES, 12 :: Precio fijo

Alhajas de ocasión

Compra y venta de toda clase de alhajas,
ropas de invierno hechas y en corte, plate-
ria, relojería, porcelanas, cuadros, alfom-
bras, tapices, impermeables, gabanes, ropa
blanca, paraguas, escopetas é infinidad de
artículos de gusto

PEZ, NUMERO 11, TRIPLICADO

(portada roja)

NUESTRO NÚMERO PRÓXIMO PUBLICARÁ

UNA HISTORIA DE AMOR

POR MIGUEL DE UNAMINO

DE LA COMEDIA DEL AMOR

I

Ibamos camino adelante de la Moncloa, sintiendo apenas el ardor de la tarde agostosa bajo la umbría entretejida por franjas de sol. Esteban jugaba nerviosamente la caña de inverosímil delgadez que le servía de bastón, y yo, cual acostumbro, abatía la cabeza al andar, más bien cansada que humilde, pues sé mucho de toda suerte de cansancios, y de humildades poco.

—Mi querido Esteban: Hasme sacado de mi hostel, traído aquí para darnos un paseo y prometido una confesión, tras de la cual he de prestarte tú sabrás qué ayuda. Todo esto me has dicho. Estoy á tus órdenes.

Le temblaban ligeramente las manos y trataba de disimular la emoción que sentía, con un tono zumbón que le era familiar.

—Sí, querido Claudio, voy á confesarme contigo. Yo, que sólo me confesé un poco con los curas hasta los quince años, mucho con cierta mujer y siempre con Dios, y me hice algo incrédulo de curas y mujeres por consecuencia, siento ciertos escrúpulos al decirte lo que vas á oír; pero, hijo, no hay más remedio; el corazón obliga. Porque te advierto que hoy, contra mi costumbre, voy á hablarte en serio, y por primera vez durante nuestra amistad, voy á hacer cierta confidencia sincera.

Hube de sonreír incrédulo, y Esteban subrayó mi sonrisa de esta manera:

—Esto de la sinceridad es tan convencional... Tampoco creo en la sinceridad de los escritores. ¿No será lo que llaman sinceridad, simple presunción de un defecto que pueda caer en gracia, ó de una virtud que conceptúen original? La sinceridad es cosa tan íntima, tan en el hondo enterrada, que acertar á vislumbrarla, no digo definirla, es ya mucho ver á través de la piel y conocerse. No creo en la sinceridad de nadie, amigo Claudio, ni casi en la mía propia. Pero te ruego que por unos momentos olvides lo antedicho y creas, hasta donde tu credulidad lo consienta, cuanto voy á decirte.

Picado en curiosidad andaba; mas como hubiera entreverado varias ironías en su impiente discurso, dudé de la gravedad de aque-

llos momentos y sonreí socarronamente. Esteban no mostró extrañeza por mi burla, que helóse bien pronto en mis labios al oír que mi amigo continuó, con voz más opaca:

—Querido Claudio, tú no me conoces, no sabes quién soy. Habré de decírtelo, como punto de partida de la cuestión. Sabe, querido, que á pesar de mi aparente jovialidad y disfrutar la compañía de distinguidos camaradas, yo soy un hombre que está solo, y da á esta soledad el más ingrato sentido que tú quieras. Puedo asegurarte que es una hosca y banal soledad. ¿Será que necesitamos siempre, siempre, pese á fortalezas de filosofía alemana y hombrías de intelectuales, una sombra de amor que nos cobije, una mujer que nos quiera sencillamente, sin literatura, con la dulce condescendencia de una madre? El corazón, aun endurecido por el roce con la vida, dice que sí.

Hizo un breve silencio y prosiguió hablando, sin mirarme, disculpando la sentimentalidad de sus palabras con un dejo irónico.

—Alguien me tacha de desdeñoso, de indiferente... Tienen razón. Envidio los entusiasmos, los arrestos generosos que arman de vitalidad el espíritu y son como la sangre en *superavit* de la voluntad. Lo lamento, pero ello es que miro con morbosa indiferencia cosas que debiera amar, logros que debiera acometer. ¿Soy un enfermo de la patología moral? ¿Me han secado la fe los desencantos de la vida, las propias y pocas fuerzas, el desvío de cierta mujer, la influencia del ambiente frívolo y complicado, la neurastenia social que llaman mal del siglo? ¿Tú sabes, querido Claudio, de alguna rara medicina espiritual, de algunas píldoras contra esta desgana de la ilusión, que hagan de mí un joven de corazón en buen uso?

A responder iba; pero como si sostuviese un monólogo, Esteban continuó, tan pronto grave como humorista:

—Mi vida... Que pregunten por mi vida á cinco años de encierro en un colegio donde cursé el bachillerato, ese forzoso sarampión de la enseñanza; que pregunten á mis veinte, á mis veinticinco años de inútil libertad, de sueño con el mundo fantástico, de ansias insatisfechas, en que busqué la compañía de los libros, en que

viví esperanzado en un mañana de gloria que presiento se me va á traspapelar; en que creí á Madrid árbitro de la felicidad suprema; en que quise á esa mujer aludida con la temeraria ingenuidad del que quiere bien, para que un día gris de aburrimiento os diga esa mujer: «Esto se acabó... Tú no sabes vivir, y estamos en el mundo para vivir.»

Sonrió, escéptico, y me miró, deteniendo por un instante el paso.

—¡Vivir!... En efecto, hay quien no sabe vivir, como hay quien no sabe comer todos los días, ¿verdad, señores mendigos? Esto de vivir es de significado tan heterogéneo... Para muchos, ya se sabe, vivir es engordar, empeñarse en tener automóvil, descrismarse por ser ministro... Para otros, vivir es otra cosa. Es muy posible que yo no sepa vivir, en el sentido mundano de la palabra. Pero con sabiduría ó sin ella voy viviendo; y el caso es, creo yo, ir ajustando la vida á las necesidades del espíritu, y que éstas no sean ni tan frívolas que den en necedad, ni tan austeras que pequen de estériles. Sin una buena salud espiritual, ¿qué vida vale la pena de ser vivida? Pero es esta la salud que antes perdemos, y por eso, nada más que por eso, son muy pocos los que saben vivir, querido Claudio.

—De acuerdo—aventuré á decir, con ganas de hablar, impaciente por el final de aquel monólogo.

—¿Qué más te diré, puesto á confesarme contigo? ¿Mis amores?... Algunos sin importancia, caprichos del ocio, juegos del corazón, al paso de las mujeres por nuestro camino, como cualquier florecilla que, yendo por el campo, cogemos por el gusto de olerla un instante y prenderla en el ojal, para dejarla después olvidada en la mesa de nuestro cuarto. Pero sobre todos mis amores, ya te lo he dicho, uno mayor que todos, el verdadero, el que suele no estar á tono con la vida, el que hace daño, debiendo ser en buena lógica el inmune á toda miseria.

Hizo otro breve silencio, y continuó, cambiando de voz:

—Pues bien, de este amor se trata: del que hace daño, y, á pesar de ello, es el único que place al corazón. La mujer que me dijo «tú no sabes vivir, y estamos en el mundo para vivir», es la única que puede acompañar mi vida. Querido Claudio, es preciso que tú, válido de tu gran habilidad mundana, consigas que vuelva á ser mía esa mujer, quebrantando las ligaduras que la atan.

Miré á Esteban, reprimiendo la risa.

—Pero ¿está en algún castillo encantado? ¿Se trata de matar á un dragón y romper la clausura?

—Poco menos. Belén, la que fué mi novia, va á casarse dentro de ocho días.

Con tan dolido acento lo dijo, que se me quitaron las ganas de reír.

—Y á toda costa ha de evitarse el matrimonio de Madrid

monio. Belén no puede casarse más que conmigo, por una razón: porque yo quiero.

Semejante razón volvió á tentar mi risa. Sin embargo, aquel «porque yo quiero» fué pronunciado con tan extraña fuerza y significación, que hubo de convencerme como el más poderoso argumento.

—Esta mañana me he enterado de la proyectada boda, y mañana quiero que tú me digas que está rota. En tus manos lo dejo. Es un favor que te pido.

La agitación nerviosa que sufría, iba en aumento: le temblaban la voz y las manos, y su mirada erraba en constante movilidad. Hube de ajustar mi paso al suyo, que se hizo más precipitado.

—No sé, ni me importa, quién es su prometido; sea cual fuere, es hombre al cual hay que hacerle un favor: no dejar que se case con esa mujer. ¿Por qué? Por otra razón, también muy sencilla: porque esa mujer no le quiere, estoy seguro de ello, no le puede querer, aunque ella tenga voluntad de ello, toda vez que á quien quiere esa mujer es á mí. No me mires incrédulo... es á mí á quien quiere, tú mismo has de verlo cuando la conozcas. No vayas á suponer necia presunción ó vano despecho lo que es simplemente una verdad. Aunque hace dos años que no hablo con Belén, sé lo que pasa en su corazón.

—¿Dos años hace que no hablas con ella? ¿Y cómo hasta ahora no has vuelto á ocuparte de ella?

—¿Y quién te dice que no me he ocupado? No he vuelto á hablarla, la habré visto dos ó tres veces, si acaso, al pasar, y he huído á su presencia; pero he sabido de ella constantemente, he seguido su vida durante este tiempo... Por eso te digo que Belén me quiere.

—Te quiere, perfectamente, pero se casa con otro.

—Intenta casarse con otro, que no es lo mismo... ¿Te extraña? ¿Qué quieres que haga una mujer cuando desespera de que vuelva á buscarla el hombre á quien ama? ¿Sacrificar románticamente su doncellez al recuerdo de su amor, con el alma viuda y melancólica para siempre? La mujer del siglo xx no es tan soñadora... Ni siquiera busca en un convento el amor divino, que sabe engañar la tristeza del amor humano, que no siempre la engaña, pues son cosas bien distintas, y tanto vale querer consolar á una enamorada con oraciones como intentar que una monja mística, extática, halle más alto placer espiritual en el amor mundano. Educada para el matrimonio, sin otros bienes de fortuna ni otro objeto ni otro fin que el matrimonio, prefiere casarse, y se casa, con el hombre á quien quiere ó á quien no quiere, enamorada de su marido ó de aquel tan diferente de su marido, cuyo fantasma viene á turbar las relaciones conyugales, á sentarse alguna vez entre los dos, á recordar á la es-

posa otra vida más dulce que ella ha sacrificado por la estupidez de un matrimonio más conveniente, más sensato y ventajoso, ó bien sin interés, sin ambiciones, por cumplir el destino social de la mujer, y en este caso, si que es heroico y doloroso su sacrificio, mayor que el de consagrar su doncellez al recuerdo de su amor lejano, más grande también que el de ahogar entre los consuelos conventuales las ansias de su sexo, unida á un

rompo ese matrimonio, yo deshago esa boda... Eso sí.

—Naturalmente que la deshacemos, hube de responder, comprendiendo que había llegado el momento en que yo hablara. Sería la primera empresa que yo acometiera y no lograra. En buena hora lo diga, nada ha resistido nunca al deseo de mi voluntad, como no haya sido querer encontrar dos pesetas para cenar y quedarme sin ellas... Y es que en materia de pesetas



hombre á quien no quiere, pero á quien respeta, considera y obedece, ofendiéndole constantemente con adulterio de pensamiento, pero á quien jamás ofenderá de otra manera, fiel cumplidora de su deber sagrado; este sí que es sacrificio.

Al llegar á este punto, Esteban volvió sobre sus pasos y emprendimos el regreso desandando lo andado. Mediaba la tarde, olía el aire al aroma de los pinos, y la soledad de tales lugares hacía más atrayente su belleza.

—Una duda me duele... ¿Vas á conocer la mujer que yo creo ó será otra, modificada por la vida, adulterado su corazón por influencias extrañas? Querido Claudio, no sé si puedo protestar de la verdad de cuanto te he dicho, ó si todo ello es un engaño de mi pensamiento... Ahora dudo... Conforme pasan las horas después de la noticia recibida, más incierto me veo en cuanto pienso y digo... Sólo una certeza tengo: que por tu acción personal ó por la mía, y felizmente ó violentamente, no sé como, y

no valen voluntades rectilíneas ni aun sortilegios: llega un día en que uno no debe comer y, no vale darle vueltas, no se come... Fuera de esto, todo es fácil: deshacer una boda, impedir una corrida de toros, una procesión ó unos fuegos artificiales, lograr que el presidente del Consejo de ministros nos convide á comer anunciándole que á los postres le leeremos un drama de ideas y hasta trabar una gran amistad con el Papa... Sólo las dos pesetas se resisten, créeme. De modo que no hay que amilanarse. Yo voy ahora mismo á casa de esa señorita, hablo con ella y su familia, rompo esa boda, tomo el tranvía y vengo á darte la noticia... ¿Quiéres alguna otra cosita?

Inútilmente traté de serenar á Esteban, que por momentos crecía en su dolorosa excitación. Díome las señas de la casita de campo donde habitaba Belén, lindera á uno de los pueblos próximos á Madrid, y las instrucciones precisas para tomar el tren aquella misma tarde, y desanduvimos

la Moncloa para despedirnos en la estación del Norte, ante el tren que había de conducirnos.

Y en tanto abandonábamos aquellos umbrosos y prósperos lugares de árboles tan tupidos y sendas tan gratas, Esteban iba diciéndome:

—Yo estaba aprendiendo á vivir, y esperaba que con el tiempo llegaría á saberlo, para entonces llegarme hasta Belén y decirle: —Aquí me tienes... Ya sé vivir, ya he aprendido lo que tú querías. Pero, la verdad, á pesar del transcurrido, no me ha dado tiempo todavía para semejante aprendizaje, y acaso sepa ahora vivir menos que nunca. Por eso no la hubiera buscado todavía, si las circunstancias no vinieran á obligarme á ello con la premura que exige la ruptura de una boda concertada para dentro de ocho días. Ocho días, Claudio... nada más que ocho días, fíjate bien... Novela parecerá, y no realidad, que consigas deshacer ese matrimonio, si lo consigues...

—¿Quién lo duda? Ya te digo que todo es fácil en este mundo menos una cosa, y respecto á que parecerá novela y no realidad, ¿conoces algo imaginado por absurdo, fantástico ó maravilloso que parezca, capaz de superar las invenciones de la realidad misma? La vida es la única novela, y cuantas se han escrito ó se escribieren no son sino torpes remedos de la que todos vivimos. ¿Quién motejará de peregrino el hecho naturalísimo de que se casen dos que se quieren, rechazando previamente á otro á quien no se quiere? Es lo más sencillo y natural del mundo... Pero para que algo pintoresco ilustre y decore la pequeña hazaña que voy á tener el gusto de acometer, se me ocurre una idea: llegar al pie de la casa de Belén no con la vulgar y primitiva locomoción del hombre pedestre, sino á caballo, al trote largo y armonioso de un soberbio alazán...

—Estás de humor, ¿eh?

—Como lo oyes. Dejaré el tren en el pueblo y allí buscaré un caballo, alquilado, prestado ó robado... Ya sabes que para mí no hay imposibles. Precisamente me encuentro en ganas hace tiempo de montar á caballo. Desde que salí de Melilla no he vuelto á hacerlo. En Melilla estaba á caballo todo el día, y al correr de él y del lápiz mandaba á mi periódico la crónica de la guerra... Si entonces fui cronista de las armas españolas y defendí, en una humilísima parte, con mi pluma, el honor de España, seré ahora el cronista del amor y, valiéndome de la palabra como de un arma, romperé una lanza en su obsequio. Gracias, querido Esteban, por la ocasión que me das de lucir mi apostura al trote largo y ensayar mi verbo oratorio en defensa de una causa justa de amor. Y celebraré que Belén me vea llegar desde una ventanita de su casa, y presienta que en la nube de polvo que levante en el camino mi caballo va un hombre que ha de libertar su cuerpo y su alma de los lazos crueles que pretenden ahorrarla, ofreciéndole, en cambio, el amor

de amor, mensajero de ensueños, la hora eterna y dulce del amor verdadero...

—Abusa del lirismo cuanto quieras; pero precisamente á caballo fui yo á conocer á Belén, con el pretexto de cierta visita; y por ella supe más tarde que había columbrado desde una ventana mi caballo, envuelto en una nube de polvo, y presentido algo que iba hacia ella, á tomar parte en su vida. Era en este tiempo y á esta hora próxima al anochecer; y para llegar á la casa sin confundirla con otra, hube de preguntar á un campesino que iba por el sendero cantando con voz llena una copla de amor...

—Ya ves, hasta la propia realidad que me cuentas resulta lírica... Para que se dude de la novela de la vida... Lo que te digo: no existe realidad y novela; todo es novela en la realidad y la vida un cuento muy divertido, pero muy divertido... ya lo creo...

II

La casa donde vive Belén hállase enclavada, con ocho ó diez más, á pleno campo, en las inmediaciones de un pueblecillo madrileño. Es una casita de dos pisos, con jardín á la espalda y una terraza frontal que, aun sin el atavío arquitectónico de las terrazas aristocráticas, constituye una gala para casa de campo. Desde la terraza ofrécese el quieto diorama del paisaje. El espectador ve á la derecha, lejos, la línea ondulante de la sierra; enfrente, la llanura sin término, animada por sobria vegetación; aquí y allá senderos serpeantes, y á la izquierda, la lámina, ancha y blanquecina, de la carretera.

Son las siete de la tarde, y el cielo de Agosto brilla con la limpia serenidad de esos momentos en que, empezando á ponerse el sol, se apaga el color de la lumbre y queda el azul suave y tierno. Viene un aire agradable, portador de olores silvestres, y hay un silencio intenso en el que cualquier estremecimiento suena y la palabra más baja se oye.

En la estancia contigua á la terraza hállase la madre de Belén, acompañada de su tertulia favorita, unos señores que ocupan las casitas de campo próximas. Trátase de un matrimonio, Don Fidel Cuevas y Doña Pura Martínez, y del papá de la señora, el respetabilísimo señor Don Higinio de Mendieta. Este Don Higinio es un hombre singular, que vive como petrificado, como momificado, hallando en ello el más agradable de los placeres. Magistrado en jubilación, pidió ésta para refugiarse y conservar sus años en el sosiego del campo y de la familia, harto de contender con leyes y recetar artículos del Código; y el que durante una jornada de cerca de treinta años hiciera gala de una proverbial actividad, al obtener la jubilación com-

pro la finca lindante, separada de la de Belén

media docena de pasos, y de la noche á la mañana púsose una bata, un gorro y unas zapatillas, que bautizó con el título de «traje de la felicidad», sentose en un cómodo sillón y dijo, con filosófica testarudez: —De aquí no hay quien me mueva. Y, en efecto, se pasa los días en el sillón, negándose á todo movimiento; cuesta dios y ayuda hacerle levantar para que coma ó se acueste, y, por declararse en todo enemigo de la vida pretérita, en la que gozara de cierta reputación como verboso muy estimable, apenas habla, dándose el caso de que, para ahorrarse palabras, pide algunas cosas por señas. Su hija, la paciente Doña Pura; su yerno, la bondadosa Doña Paz, madre de Belén, y todos los amigos de casa se ríen de él, haciendo chacota de sus manías, y Don Higinio, en vez de replicar á las chanzas, como en su actual sistema no toma parte el lenguaje, se calla, acogiendo las burlas con un prolongado bostezo de satisfacción. Cuando, acosado por insistentes requerimientos, le ponen en el trance de hablar, Don Higinio se limita á decir: —Yo no me he jubilado para pasear, leer periódicos y armar discusiones: yo me jubilé para no moverme de mi casa, para no leer periódicos, que maldito lo que me importan; para ver, oír y callar, que es lo que debiera hacer mucha gente que yo me sé; y para que me vistan, ahorrándome ese trabajo.— Y, efectivamente; ante el firme propósito de Don Higinio de no mover un dedo, la paciente doña Pura viste todas las mañanas y desnuda todas las noches el inanimado cuerpo de su señor padre como se viste á un maniquí. Sólo en honor de doña Paz, y en virtud de la antigua y buena amistad que le une con esta señora y le unió con su esposo, realiza Don Higinio el sacrificio de abandonar el sillón de su casa para ocupar otro en la de doña Paz; pero ello es cosa poco frecuente.

Hoy se ha sentido capaz del sacrificio, y acaba de ocupar el sillón reservado para él, colocado siempre en el mismo sitio. Hundido en el asiento, aparece, como siempre, inmóvil y callado. Su cara, redonda y un poco rugosa, de barbas encanecidas y ojos grises y dormilones, expresa la beatitud de este buen señor, que es de los pocos que han realizado su ideal, y mira, sin mirar, un punto fijo en la pared de enfrente, pensando en sus adorables y deliciosas musarañas, único pensamiento que desde el famoso día de la jubilación existe en el cerebro de este hombre, bueno, feliz, y no ocupándose en nada absolutamente. Su hija, doña Pura, ha tomado asiento cerca de doña Paz, que hace una labor de mano, ayudada de las gafas, que sólo usa para coser ó leer, y Don Fidel, tras un despacioso saludo, hunde su pesada y oronda humanidad en una poltrona, y pide permiso á doña Paz para desabrocharse el chaleco y aflojarse el cinturón, porque ha merendado mucho y teme la indigestión de costumbre.

—Pero, ¿y Belén?—pregunta doña Pura.

—¿Donde se encuentra ese tesorito?—agrega Don Fidel.

—Belén, hija... Está en la terraza; se ha cansado de coser y está tomando el aire. ¡Belén!

Belén aparece. Doña Pura la besa mimosamente, como si fuese una muchacha de su edad, olvidándose de sus cuarenta bien cumplidos. Don Fidel intenta poner en erección su obesa figura, pero ella no lo consiente. —No se mueva, no faltaría más—. Don Higinio gruñe dulcemente, clavando en Belén sus ojos dormilones, sin hacer siquiera ademán de levantarse.

—Y usted, Don Higinio, ¿cómo está?

Don Higinio vuelve á gruñir de una manera misteriosa, agradeciendo el saludo. Belén sonríe y se separa luego de su lado, yendo á sentarse en el grupo que forman su madre, doña Pura y Don Fidel.

—¿Cómo anda ese corazón? ¿Qué le parecen á ese corazón esos ocho días que faltan para el fausto acontecimiento? ¿Eh, Belencita?—pregunta Don Fidel. Y Belén responde.

—Bien, Don Fidel: este corazón anda bien.

—Un poquito precipitado, un poquito inquieto, ¿verdad?

—No, señor: está muy sereno.

—¿Y cómo es—pregunta doña Pura—que no está ya aquí el futuro esposo?

—Salió ayer de Madrid y no volverá hasta dentro de tres días. Se ocupa en los últimos detalles de la boda—dice doña Paz.

—En cambio ustedes ya hace días dieron la última puntada.

—Tanto á Belén como á mí nos gusta hacerlo todo con tiempo; somos enemigos de las prisas, ¿verdad, hija?

—Verdad, mamá; así parece que sale todo mejor, aunque á veces no ocurra.

Doña Paz sonríe á las palabras de su hija. Es doña Paz señora que raya en los cincuenta años; bondadosa en extremo; refléjase su bondad en la limpia mirada de sus ojos negros, en la fina sonrisa de sus labios, en la simpatía de sus modales, en el aire severo y dulce á la vez de su persona, y constituye en ella una distinción, una aristocracia. Es la madre en el más hondo sentido de la palabra: la maternidad brilla en ella como si fuese una luz. Por otra parte, doña Paz es un ejemplo consolador de la mujer que nace y muere espiritualmente hermosa; delicada y atrayendo de soltera, amantísima y adornada de virtudes cuando esposa, augusta de madre, es de las mujeres que llegan á la vejez con la doble gracia del amor y el sacrificio y pasan por la vida como nobles ejemplos de ella, dejando de su paso por el mundo un rastro de perfume...

La inesperada presencia de un muchacho, de figura simpática, viene á sorprender agradablemente á doña Paz y sus amigos. Exclamaciones de viva alegría acogen al recién llegado; doña Paz le abraza efusivamente.

—¡Jacinto! ¡Pero qué sorpresa tan grata! ¿Y tu madre, cómo está tu madre?

—Bien, muy bien, y con muchas ganas de ver á usted.

—No tendrá ella más que yo, hijo mío.

Jacinto estrecha la mano de Belén. Doña Paz pregunta á doña Pura y su marido:



—Ustedes conocen á Dolores Montoya, ¿verdad? Pues este es su hijo.

—¡Dolores Montoya, ya lo creo! ¡Y que tiene este señor toda la cara de su madre!

Doña Pura y su esposo le saludan cariñosamente. La pizpireta doña Pura hace á Jacinto grandes elogios de su madre. Luego, gritando, llama la atención del momificado Don Higinio:

—Papá... papá... aquí tienes á Jacinto, el hijo de doña Dolores.

Don Higinio no contesta.

—¿Pero no te enteras, papá?

Soñoliento, confusamente, contesta al fin el bendito señor:

—¿Eh? ¿Qué dices?

Y doña Pura, con la paciencia que Dios le ha dado, vuelve á decir:

—Que aquí tienes á Jacinto, el hijo de doña Dolores.

—Ah, sí... Jacinto... Dolores... ya, ya...

Y tras este esfuerzo de palabras, Don Higinio reanuda su diálogo con sus queridas musarañas.

—No tome usted en cuenta á mi padre, amigo Jacinto. Está imposible desde hace algunos años; hay que sacarle las palabras con ganzúa—. Y añade, riendo:—Si quiere pasar un buen rato, ya le contaremos la vida y manías de mi padre.

El imperturbable señor ni aun se digna prestar atención, como si no fuese nada con él.

—Vamos á ver, papá. ¿A quién se parece este señor? ¿Recuerdas á quién se parece? Haz el favor de fijarte.

Don Higinio, después de mirar un instante á Jacinto, declara que no le encuentra parecido con nadie de este mundo, y como su hija le diga que tiene un fidelísimo parecido con su madre, Don Higinio no halla ningún inconveniente en ponerse de acuerdo.

—La alegría que me das con venir á verme—dice doña Paz—. No sabes cuánto te agradezco la visita.

—Ha sido expreso encargo de mi madre. Cuando pases por Madrid—me dijo—no dejes de ir á ver á Paz en mi nombre. Y yo honradísimo con el encargo.

—¿Y dices que está bien?

—El reuma le molesta un poco; ahora se encuentra perfectamente, pero tiene temporadas que no le deja andar y se pasa la vida sentada.

—¡Pobrecilla!

—Como yo... lo mismo que yo... —se aventura á decir Don Higinio.

Su hija le mira con cierta indignación.

—¡Como tú!... Si tú no andas es porque no te da la gana... No compares, papá.

—Sea por lo que fuere—insiste Don Higinio—el caso es que yo tampoco ando.

Todos ríen las palabras del inamovible señor.
—Bueno, Jacinto, no hay para qué decir que tú cenas esta noche con nosotros.

—Mil gracias, doña Pura, pero dentro de unos momentos habré de dejar á ustedes.

—No lo consiento. Te quedas á cenar. A las diez pasa un tren para Madrid y puedes regresar en él. Y de aquí á la estación del pueblo hay poco trecho.

—Y nuestra tartana—añade doña Pura—le llevará á usted á la estación.

—Muy agradecido á ustedes, pero hoy no puedo. Otro día vendré.

—Como tú quieras, hijo mío. ¿Cuántos días vas á estar en Madrid?

—Un par de semanas cuando menos. Ya he dado á Belén lá enhorabuena y, aprovechando la invitación que ustedes enviaron, asistiré á la boda con mucho gusto.

—Belén y yo tenemos que escribir á tu madre dándole las gracias por el regalo. Es precioso.

Doña Pura, haciendo mil monerías, abandona el asiento que ocupaba junto á Don Fidel, que descabeza un sueño cortito, y va á sentarse junto á Jacinto y doña Paz y en el borde de una silla. Los tres hablan animadamente.

El maniático Don Higinio da de pronto, muy incomodado, un manotazo en el aire, con la mala intención de matar una mosca insolente que ha tenido el atrevimiento de molestarle posándose en la nariz. Belén, pretextando dolor de cabeza, se ha retirado á la terraza, y por ella pasea. Sin saber por qué, se encuentra ligeramente preocupada. Trata de distraerse: mira el paisaje, se apoya en el barandal de piedra... ¿Qué piensa?

Belén es una de esas mujeres de diez y seis á diez y ocho años, cuya característica fisiológica y espiritual es la indecisión. Indecisión de las líneas en el cuerpo, que ya no es de niña y apenas es de mujer; indecisión del pensamiento, suspendido entre la nebulosa de la inocencia y la luz del pensar; indecisión del carácter, que ríe las últimas cosas, sin motivo, de la niña y se abstrae en las primeras meditaciones de la mujer; indecisión del ademán, que aún es frívolo y comienza á serenarse; de los pies, que todavía son pájaros y ya hacen breve el vuelo; de los ojos, en los que aún se deja sorprender diáfano el pensamiento y flota un misterio naciente...

Aunque Belén vista de largo, todavía la saya tiene el revuelo inquieto de la falda corta; peina moño alto, y aún sienten los hombros el peso dulce y tibio del pelo suelto; es morena, de ojos claros, de frente luminosa, de jugosa boca; el cuerpo, apenas lleno; la estatura, de una gentil proporción.

Belén es sencilla de espíritu, ingenua por temperamento. No ha enturbiado el cristal de su imaginación con lecturas folletinescas, ni ha visto otro mundo que el breve y monótono

de su casa. Es una inteligencia clara, un corazón abierto.

Belén gusta de pasar largos ratos en la terraza, bordando ó cosiendo; es amiga del campo; este espectáculo, siempre igual en su plasticidad, sin otras variantes que las del cielo, no ha puesto nunca en Belén, á pesar de la monotonía cotidiana, la sombra del tedio; el paisaje, sabido de memoria, y el aislamiento en el campo, que para una mujer inquieta de la ciudad ó prematuramente hastiada, serían un aburrimiento, son para Belén una dulce costumbre.

Va cayendo la tarde, y el campo aparece alumbrado indeciblemente por la luz última del día, azulada y débil. Nacen algunas estrellas en el cielo cobalto, y en el aire vuela la fragancia campesina. Por los caminos distantes yerran las primeras sombras; la luna se eleva dulcemente en medio de una paz solemne, y se oye lejos la voz de un hombre, que parece venir por algún sendero perdido, cantando una copla aldeana, uno de esos cantares que dan la vibración del amor á la tristeza del crepúsculo; y lejos también, los ojos de Belén columbran un punto blanco, que va agrandándose poco á poco, como el de una nube de polvo alzada por el trote de un caballo...

Belén apoya gentilmente en el barandal de piedra el brazo derecho, posando la cara en la mano, y mira á lo largo del camino cómo el punto lejano y blanco de la nube de polvo parece venir hacia ella...

Y, sin saber por qué, tiembla levemente el corazón de la muchacha. Pero, pasados unos momentos, la inquietud se define... Belén recuerda, á su pesar, una tarde como ésta, en que otro punto blanco y lejano venía también hacia ella, y era una nube de polvo levantada por el trote de un caballo, y era el amor que venía á buscarla...

Ante el cantar de amor que vibra dulcemente en la soledad del campo y en la melancolía del anochecer, el sentimiento femenino despierta y vibra, el corazón de la gentil muchacha tiembla ligeramente á impulsos de otro presentimiento, no sabe si triste ó alegre, pero tan cierto como el que tuviera otra vez; y mira á lo lejos, dominada por una voluntad superior que la obliga á mirar, y se estremece toda ella, en tanto que la nube de polvo se aproxima y el cantar aldeano se oye más cerca.

III

Acogiome doña Paz con cordial cortesía. Solicité su permiso para tratar del delicadísimo asunto que allí me llevaba; lo obtuve, y en detenido discurso, sincero y emocionado, presenté ante sus ojos el súbito problema en que colocaba á ella y á su hija Belén la intervención decidida de mi amigo Esteban en la proyectada boda. Yo quería mucho á Esteban y puse en

la defensa de sus propósitos un ardor, raro en mí; que hasta para mis propios dolores tengo una irónica compasión. Apasionadamente, hice ver á aquella noble señora la conveniencia primero, la necesidad después, de influir en el ánimo de su hija para que el proyectado matrimonio no se llevase á efecto. Mi amigo estaba dispuesto á evitarlo por la violencia, si razonablemente no se rompía. Esto, que pudiera parecer una amenaza, no lo era, sino exaltación de un sentimiento que sólo felizmente podía serenarse. Ciegamente, á costa de su propia vida si era preciso, mi amigo quería ver rota semejante unión. Inmediatamente de verla rota, Esteban se ofrecía para reanudar con Belén las relaciones interrumpidas y casarse en el plazo más breve posible, de un par de semanas lo más, á fin de que ante los ojos de la gente la proyectada boda se verificase merced á un simple cambio de la persona del novio... Esto del simple cambio, que pudiera escandalizar á los asustadizos, se explicaría satisfactoriamente, considerando que si Belén renunciaba á su enlace con su novio, lo hacía en nombre de la sinceridad de su corazón, para casarse con el novio antiguo, con el que durante mucho más tiempo había sostenido relaciones, con el que más quería, mejor dicho, con el único hombre á quien quería... Porque mi amigo Esteban se atrevía á asegurar que Belén no podía querer á nadie como á él.—Se trata—terminé diciendo á aquella señora—de la felicidad de su hija de usted. Su suerte va á decidirse en estos momentos, cuando dentro de unos días contraiga matrimonio con un hombre á quien quiere ó no quiere... Usted meditará, señora, sobre la importancia y trascendencia del caso, y tendrá usted la bondad de decirme su opinión para comunicársela á mi amigo.

Inquieta y emocionada, sin interrumpir mis palabras ni por un momento, escuchóme doña Paz. Comprendiendo que sufría, hube de dar dos ó tres veces tregua á mi discurso. Cuando dejé de hablar, doña Paz hizo un esfuerzo por serenarse, miróme largamente y dijo, entre suspiros:

—¡Jesús, Jesús!... Ahora se acuerda ese hombre de mi hija, ahora que está amonestada, que se casa dentro de ocho días... ¡Qué tremendo disgusto! Porque, efectivamente, Esteban ha sido muy querido en esta casa: Belén le ha querido mucho... Y digo le ha querido porque no sé si ahora le quiere. Gonzalo Luján, que va á casarse con ella, es un excelente muchacho, muy bueno, que se porta muy bien con ella; pero Belén no le quiere con aquel entusiasmo, con aquella espontaneidad que ponía en el cariño á Esteban; esta es la verdad... Lo comprendo: el primer cariño deja un rastro para siempre, y ustedes los hombres son un poco crueles con las pobres mujeres: las enamoran y luego no saben corresponder debidamente á la bondad y al sacrificio de estas pobres niñas...

Oyendo á doña Paz, que tan bondadosamente

se quejaba, herida en su cariño de madre, yo sentía una vaga tristeza.

—Pero tiene usted razón, se trata de la felicidad de mi hija, de la felicidad de su vida, y yo, como usted comprende, no deseo más que su felicidad... Conque que ella decida... Quiero dejarla en absoluta libertad de acción... Ni influiré para que rompa la boda, ni para que la lleve á efecto. Que ella decida, que sea su corazón, su voluntad, quien determine. Figúrese usted, señor, el disgusto que supondría en nosotros deshacer esa boda convenida, ultimada en todos los detalles; sería ante el novio, ante su familia, ante todo el mundo, un acto de informalidad, de incorrección; pues, á pesar de esto, si ella quiere deshacer la boda, por mí está des-



hecha... Lo que ella diga, lo que ella decida; ante todo su felicidad... Ahora mismo la llamaré; dejaré á usted á solas con ella; usted la habla, usted le dice cuanto me ha dicho á mí, y que ella decida.

Doña Paz abandonó su asiento, cruzó la amplia sala, acercóse á una de sus puertas y con voz entera gritó:

—Belén...

Belén apareció inmediatamente. Doña Paz hizo mi presentación, despidióse de mí con mucho afecto, y Belén y yo quedamos solos. Me invitó á ocupar un asiento, dijo que estaba dispuesta á escucharme y yo empecé de este modo:

—Vengo, señorita, á hablar á usted, como á su mamá acabó de hablar, en nombre de mi querido amigo Esteban Villamar.

Belén se irguió y rápidamente se puso de pie. Una sombra pálida veló su coloreado semblante.

—¿Y qué viene usted á decirme?—preguntó vivamente.

—Algo que interesa á usted mucho, que es preciso que conozca usted y que debe usted es-

cuchar con mayor serenidad. Hágame usted la merced de sentarse y escúcheme...

Belén tomó asiento.

—No sé hasta qué punto pueda interesarme nada de ese señor. Sin duda ignora que voy á contraer matrimonio dentro de pocos días.

—No, señorita, no lo ignora; ayer mismo se enteró de que tenía usted novio é iba usted á casarse, y precisamente á haberlo sabido se debe este paso que hoy doy yo en su nombre. En veinticuatro horas no creo pueda hacerse mucho más de lo que Esteban desea hacer, según va usted á oír.

Y á continuación dije á Belén cuanto á su madre había dicho, pero en un tono más enérgico, con mayor amplitud, despertando en ella á poca costa, sentimientos mal dormidos, pues desde el primer instante comprendí que Belén estaba enamorada de Esteban. Hablé mucho, entusiasta; brioso, en defensa de mi amigo y de los propios instintos de Belén, que trataba de engañarme, asegurándome que no podría ser feliz con Esteban por lo mucho que su cariño le había hecho sufrir.

—Famoso razonamiento; usted sabe mejor que yo, que precisamente por lo mucho que ese cariño le ha hecho á usted sufrir, quiere usted más á Esteban.

—No le quiero: le quería... Hasta hace poco le he querido, hasta hace ocho meses que acepté las relaciones del que va á ser mi marido. Y hasta esa fecha he estado esperándole, creyendo que vendría, que volvería... Cierzo que fui yo quien rompió las relaciones, pero él sabe que pronto me arrepentí de ello y que por cuantos medios discretos y prudentes tiene la mujer para llamar á un hombre, yo le he llamado... Debí venir si me quería, pero ha preferido hacerme esperar y sufrir inútilmente un año, dos, huyendo á mi encuentro, esquivando mi presencia, mostrándose desdeñoso á mi recuerdo cuando alguna persona de nuestra amistad le hablaba de mí. Harto se ha cobrado en desdenes la torpeza que yo cometiera, abandonando sus relaciones. Pero han transcurrido más de dos años, he llegado á creer firmemente que no volvía, ni aun mostrándome propicia á ello... ¿qué iba á hacer yo? ¿Esperarle toda mi vida? Mi madre es vieja, puede faltar cualquier día, me quedaría sola en el mundo... No puede usted figurarse el trabajo que me ha costado aceptar las relaciones del que va á ser mi marido. No se le manda al corazón, él es quien manda, y cuando se han oído una vez palabras que al corazón le saben á verdaderas, ya todo es mentira, y cuando se ha creído y dejado de creer, la fe no vuelve por nadie más...

Belén lloraba. En sus lágrimas iba el amor, iba la ternura de su corazón, iba la pena de tener que renunciar al pasado.

—Belén—repliqué suavemente—. Pero ¿y su felicidad de usted? Mire usted á lo lejos, camine adelante en su vida, y dígame qué felicidad

le espera, casada con un hombre á quien íntimamente, intensamente, no quiere usted...

—¿Pero quién le ha dicho á usted que yo voy á ser feliz?... Yo podía ser una de las pocas mujeres que se casan enamoradas, sin otro interés que el amor mismo, y contra toda razón convencional, á veces, y seré una de tantas que se casan por cumplir su destino en la sociedad, sin amor, sin otro amor que el respeto y la solicitud para con el marido, sin otro amor que el cumplimiento del deber; nada más...

—¿Y por qué ha de ser eso? ¿No estamos á tiempo de evitarlo?

—¿A tiempo, hechas las amonestaciones, el vestido de boda, mejor dicho, dada mi palabra de casamiento á un hombre que es bueno, que se ha portado bien conmigo, que me quiere? Yo no puedo burlar así á un hombre honrado.

—No, Belén, desistiendo de ese casamiento no le burla usted. Como le burla es casándose con él, mintiéndole constantemente un cariño que no le profesa usted...

—¡No, no, no siga usted hablando de ese modo! Le quiero, le quiero y por eso me caso con él.

—¿Ahora trata usted de engañarse á sí misma? Porque á mí de sobra sé que no es usted capaz de engañarme. Perdóneme usted una pequeña inmodestia: soy un poquito psicólogo, merced á esta indomable afición á leer algo de lo que hay en las almas, á través de la piel, para luego sobre el papel reflejarlo en palabras... Y ello me sirve para estar viendo en usted lo que es verdad y lo que no lo es, á pesar del decidido empeño que usted pone en que lo sea. Belén... usted no quiere á nadie más que á Esteban.

—No, señor. Diré á usted que he querido á Esteban como á nadie en este mundo; pero ahora, aunque menos, no quiero á nadie más que al que va á ser mi marido.

—Bien; esta última declaración es la que corresponde á una mujer prudente, que va á casarse dentro de ocho días. Pero á mí puede hablarme de otra manera.

—Lo que digo á usted es verdad—insistió con firmeza.

—Perfectamente. Entonces doy por terminada la comisión que traía. Diré á mi amigo Esteban que usted contraerá matrimonio, dentro de ocho días, con Don Gonzalo Luján, y que de la persona de Don Esteban Villamar no conserva usted la menor memoria... ¿no es esto?

—Sí, señor.

—Pues esto le diré—añadí, levantándome—. Ahora bien; si este acto de usted se traduce en un mal para Esteban, pero un mal irremediable, á cuenta irá de su remordimiento de usted, Belén.

Quedóse mirándome fijamente, y luego de un silencio, me dijo, con voz más blanda:

—No, no le diga usted eso. Dígame usted la verdad... que le quiero, que le querré toda mi

vida... pero que no soy capaz de faltar á mi compromiso con Gonzalo, rompiendo la boda... Esto puede usted decirle... Usted mismo... compéndalo... ¿qué más puedo hacer?...

Belén lloraba nuevamente. Yo veía que aquella pobre niña, por un escrúpulo social, por un miedo á la opinión, por un celoso concepto de la lealtad para con su novio, era capaz de afrontar el mayor sacrificio, con tal de no deshacer la boda, y como semejante absurdo no debía ser, me acerqué á Belén con ademán dominador y la dije:

—No, Belén, no... Usted que es tan buena, que tiene tanto corazón, tiene usted también derecho á la felicidad y no puede usted casarse con nadie de este mundo que no sea Esteban Villamar. Usted se casará con Esteban, usted romperá inmediatamente esa boda...

Excitado, emocionado, olvidándome por un instante de toda cortesía, alcé tanto la voz sin darme cuenta de ello, que al ruido de mis palabras apareció doña Paz, seguida de doña Pura y Don Fidel.

Belén, dolorida, sin fuerzas, dejóse caer en el asiento que había ocupado. Doña Paz, amorosamente, fué á sentarse junto á ella. Doña Pura y Don Fidel, de pie, me miraban hostiles.

—Estos señores—díjome doña Paz—son de la mayor confianza nuestra. Les he enterado de la visita de usted...

—Y nos ha parecido bastante extraña, la verdad—exclamó el orondo Don Fidel, con acento irritado—. Eso de venir, y no lo digo por usted, sino por quien le manda; eso de venir á recordar amores pasados á una señorita cuando esta señorita está para casarse, la verdad, no está ni medio bien, la verdad...

—Naturalmente—saltó la pizpireta doña Pura—. ¡A quién se le ocurre! ¡Pero á quién se le ocurre!

—Pues á mi amigo Esteban Villamar es á quien se le ha ocurrido, y á mí no me parece tan desatinada ocurrencia—afirmé, rotundamente, con dejos irónicos, conociendo que tenía que habérmelas con aquellos dos formidables defensores de lo que se ha dado en llamar, desde muy antiguo, el «sentido común», que no es otra cosa que la vulgaridad de criterio, la desdicha y la estupidez humanas reunidas, esto es, común á cuantos piensan y viven regidos y reglamentados por prejuicios absurdos y preocupaciones ridículas.

—Pues, la verdad—arguyó Don Fidel, abusando de su muletilla—; si ese caballero es una persona seria, debe ser para él un sagrado una señorita que está para casarse con otro, y no debe acordarse de ella para nada.

—Para nada, naturalmente—remachó doña Pura—. Pues digo, si cuando una se casa fueran á pedirla cuentas todos los novios que ha tenido una...

—En mi modesta opinión, yo creo—continuó el agarbanzado Don Fidel—que ese caba-

llero, aprovechándose del favor y el afecto que en otro tiempo gozara en esta casa, hace mal en suggestionar el ánimo de esta pobre muchacha en momentos tan decisivos como estos que restan para la boda, la verdad.

—Naturalmente—gritó doña Pura, yendo siempre á la retaguardia de las observaciones de su señor esposo—. Si ese señor, á quien conocemos de sobra, está despechado porque se le casa la novia con otro, qué le vamos á hacer; que hubiera acudido más á tiempo. Esta señorita ya no es á él á quien quiere, sino á otro, y se casa con él porque una mujer puede casarse con quien quiera...

—Todas estas razones—dije yo, imprimiendo á mis palabras una burla y una energía gemelas—son preciosas, señores míos; pero no se trata de lo que ustedes suponen; se trata de otra cosa mucho más sencilla y natural.

—¿Cómo de otra cosa?—preguntó Don Fidel muy nervioso.

—Sí, señor. Se trata—contesté lentamente—de que esta señorita no debe casarse con su novio actual porque no le quiere, y sí con su antiguo novio porque le quiere. ¿Puede darse nada más claro y razonable?

Don Fidel y doña Pura se miraron con ganas de estrangularme, desconcertados por mi aclaración.

—...Suponiendo—agregué—que toda mujer se case con el hombre á quien quiere, cosa que no suele ocurrir, pero que debiera ocurrir siempre.

—Pero ¿quién le ha dicho á usted—borboteó Don Fidel, como increpándome—, quién le ha dicho á usted que no quiere á su novio actual y sí al antiguo?

—Ella lo dirá; yo ya lo sé; pero ella lo dirá.

Belén, inmóvil, nos miraba como abstraída, como alucinada. Su madre, prudentemente, respetaba su silencio.

—¿Qué va á decir ella, qué quiere usted que diga la pobre?—murmuró doña Pura—. Como es muy buena, le ha impresionado el recuerdo de su antiguo novio, á quien quería mucho, eso es verdad; pero aquello ya pasó, ella misma lo ha dicho mil veces, y, como es natural, ahora quiere al que va á ser su marido.

—¿Y cree usted, señora, que le impresionaría el recuerdo de su antiguo novio si no le quisiera? ¿Y cree usted que cuando así le impresionara á una mujer el recuerdo de un hombre, precisamente cuando va á casarse con otro, debe hacerlo?

—Bah, bah; romanticismos..., cosas de ustedes; ya sé que es usted también escritor; cosas de ustedes, que como andan siempre entre novelas, en cualquier cosa de la vida creen ustedes ver una novela.

—No, señora; esto no es novela, esto es realidad; pero, en efecto, todas las realidades juntas no son más que una novela—afirmé, vien-

do que salía á colación nuevamente el pleito de la novela y de la vida—. Y á esta novela de ahora debemos buscar un desenlace feliz, supuesto que tanto nos interesan la suerte de sus personajes

contrar prosa en el matrimonio es que no quieren á su mujer ó á su marido, cosa que no tiene nada de particular, y que al principio del matrimonio confundieron lamentablemente la poesía con algo bien distinto de ella. Y si, como us-



—Pues porque nos interesa esta señorita, porque la queremos mucho, hablamos así, ¿sabe usted?

—Si de veras interesa á ustedes su felicidad, deben desear que se case con el hombre á quien quiere; ¿no es naturalísimo?

—¡Ay, hijo mío!—exclamó doña Pura, dispensándome su maternal-tutela—. Eso de la felicidad del matrimonio es muy relativo... Vamos á suponer que Belén se casa con su antiguo novio, toda ilusionada...; así me casé yo, conste, toda ilusionada...; pues, hijo, á los pocos meses de matrimonio toda la poesía desaparece y no queda más que prosa, nada más que prosa...

—No creo tal, señora. Los que llegan á en-

ted asegura, á los pocos meses de casado, fatalmente ha de convertirse en prosa la poesía, ¿no le parece á usted que semejante prosa será más llevadera compartiéndola con un hombre á quien se quiere, mejor que con uno á quien no se le quiere todo lo que conviene al caso? Esto es como el agua de claro.

—Pero, sobre todo—intervino Don Fidel, como dando á la cuestión el punto final—. Es inútil hablar de si le conviene esto ó aquello, lo de aquí ó lo de más allá...; inútil. ¿Qué se puede hacer á la altura en que estamos? Nada, absolutamente. ¿Cómo va á deshacerse una boda entre personas tan serias, cuando ya están amonestados los novios, cuando todo está hecho, cuando no faltan más que ocho días?...

Sería un absurdo, la verdad; sería un absurdo.

—Está usted equivocado, señor mío—grité al obeso Don Fidel, en el mismo tono increpante que él usaba para dirigirse á mí—. Está usted equivocado... Lo absurdo sería lo contrario: que esta señorita, queriendo á Don Esteban Villamar, se casase con Don Gonzalo Luján.

—¿Pero no comprende usted—replicó fieramente—que sería un escándalo? Ninguna familia decente deshace una boda. ¿Cómo quiere usted que estas señoras dieran semejante campanada entre sus muchas relaciones de aquí y de Madrid? La verdad, sería un disparate mayúsculo, que no se debe consentir ni en hipótesis... ¿Qué idea tiene usted de la sociedad, de la opinión ajena, de la formalidad y decoro de esta familia? ¡Vamos, hombre...! ¿Y le parecería á usted bonito dejar plantado á un hombre, á un caballero que cree va á casarse y le birlan la novia? La verdad, eso no es decente, ni sensato, ni lógico...

Doña Pura había pronunciado varias palabras apoyando furiosamente la perorata de su airado esposo. Belén y doña Paz me miraron, creyéndome derrotado por las últimas observaciones de Don Fidel. Comprendí que era llegado el momento de dar á las hondas convicciones de Don Fidel una puñalada de muerte, que rematase la cuestión, y así lo hice.

—Mi querido señor—empecé con lentitud—, ostenta usted muy lucidamente la representación del sentido común, de la sensatez burguesa, del qué dirán... y todo esto junto no es más que hipocresía y estupidez. ¿Me entiende usted? Antes que al común debemos acudir al propio sentido, cuando se tiene, que no siempre ocurre; eso de la sensatez está bien para los hechos naturales, no para los anormales ó extraordinarios, y respecto á la opinión ajena, al qué dirán, no debe importarle al que obra bien, pues al que obra mal ya sabemos que no le importa. Vuelvo á repetirle que lo absurdo no será que Belén se case con su antiguo novio, sino con el actual. El verdadero buen juicio, la verdadera sensatez aconsejan que se case con el que quiere y pueda ser feliz más fácilmente. Lo escandaloso no será, como usted supone, que Belén rompa la boda concertada, sino que case con un señor, sabiendo mucha gente que quiere á su antiguo novio. Y de familias decentes es deshacer las bodas á tiempo, y de indecentes llevarlas trampa adelante... ¿Se ha enterado usted? Me da el corazón que no... Para enterarse necesitaba usted tener más fe en la vida y menos desconfianza de las personas, y eso le quitaría á usted unos cuantos prejuicios, unas cuantas preocupaciones rutinarias, unas cuantas telarañas que no le dejan ver claro. Y en cuanto al novio que se queda plantado, cosa fea según usted, existe otro error. Es un favor, pero verdadero favor lo que se le hace, evitándole el matrimonio con una

mujer que no está enamorada de él... Lo triste sería ver cómo ese hombre se casaba de buena fe, creyendo que su mujer le adoraba...

Seguí hablando ardorosamente durante un buen rato, escuchándome Belén y doña Paz con instintivo convencimiento, en tanto que la diminuta doña Pura y el abultado Don Fidel veían con asombro cómo mis palabras, sin perifrasis ni veladuras, iban derrumbando, demoliendo sin piedad el formidable castillo de preocupaciones sociales alzado en sus rutinarios caletres. Cuando hube terminado, supliqué á Belén y doña Paz la contestación que debía llevar á mi amigo, y, entre lágrimas silenciosas, dijéronme una y otra que necesitaban mayor reposo de ánimo para decidir, que me rogaban esperase hasta el siguiente día la respuesta y que ésta la recibiría por escrito.

Comprendiendo que había absoluta sinceridad en tales manifestaciones, no quise importunarles con apremios ni insistencias de ningún género; pero, sin perjuicio de dejar mi tarjeta, supliqué que no se molestasen en enviarme por escrito la contestación, pues yo me honraba mucho con volver personalmente por ella al otro día. Dí las gracias á doña Paz por el honor y la amabilidad que me habían dispensado, y despedíme respetuoso, después de haber dedicado una cortés reverencia al pintoresco matrimonio, que tan á pecho había salido á la defensa de Belén, á título de una gran amistad. Desaté mi caballo, monté en él airoso, en guisa de héroe de novela, y á trote largo y sonoro corrí á buscar el pueblo y el tren, en medio del campo y á la luz de la luna, que tanto sabe, aunque Don Fidel lo pondría en duda, de lances de amor.

IV

Pisando los umbrales de mi hostel, iba yo pensando en lo impaciente que, á la altura de cuatro pisos con entresuelo, aguardaríame á la sazón mi amigo Esteban. Pero me engañé. Esteban no estaba esperándome en mi casa cual suponía. El bueno de Don Jerónimo, mi patrón, á quien interrogué al abrirme la puerta, díjome que Don Esteban había estado á preguntar por mí cuarenta veces lo menos y más nervioso cada vez, y que como cada diez minutos asomaba las narices, no tardaría en llegar. Pedí mi cena á Don Jerónimo y me senté á la mesa. La acaramelada doña Leonor, mi patrona, esposa legítima del ceremoniosísimo Don Jerónimo, y mujer empalagosa á fuerza de zalameñas serviles, confirmóme, mientras colocaba mi cubierto con manos de hada, de puro cuidadosas y ñoñas, que Don Esteban había estado á buscarme, desde las siete de la tarde, multitud de veces y habíase negado á descansar esperando mi llegada.

Rezagados como yo fueron llegando otros

huéspedes: el poetastro Teodorito, el incoloro Don Gustavo, el famoso Don Aristides..., que llevaba diez años sin pagar á la patrona y, sin embargo, pues nada embargable poseía, se conservaba en la casa, merced á un inverosímil equilibrio de engaños y promesas por todo lo alto, que le sostenía. Debía engordarle, á más de los respetables platos de cocido y de judías, la satisfacción de no pagar, pues el cuarentón Don Aristides estaba gordo y colorado, y no hay que añadir que encantado de la vida, por lo menos de la que él se chupaba «de rositas», acurrucado bajo las alas de ángel protectoras de la voluminosa y dulce doña Leonor. En cambio, Teodorito, poeta modernista ramplón, capaz de darle un sablazo á una estatua, cuya vida económica más defendía con el sable que con la pluma, estaba flaco y pálido. Sólo el burguesito Don Gustavo tenía las carnes en justa relación con las tres pesetas diarias que abonaba en primero de mes, puntualmente.

—Buenas noches, Don Claudio.

—Muy buenas, Don Gustavo.

—Salud, Don Claudio—gritó el afortunado Don Aristides.

—Hola, insigne—dijome Teodorito, acompañando el saludo con una palmada en el hombro.

—Bien venidos, señores.

Don Gustavo desdobló cuidadosamente su servilleta, prendiósela en el cuello, estiróse un poco los puños, apoyó sobre la mesa los antebrazos y esperó tranquilamente la llegada del primer plato. Don Aristides cogió el panzudo botijo, que se refrescaba al balcón, y dijo:

—Vaya, señores; tomemos el *vermouth*... ¿Ustedes gustan?

Y luego de beber, encarándose con el poeta:

—No, Teodorito, no; ¡eso, no! Te bebes ahora el vino, y luego falta para la cena, y Don Jerónimo me echa á mí la culpa. Te tomas un *vermouth*, como yo, si quieres hacer boca.

Teodorito protestó, haciendo una frase de dudosa literatura. Doña Leonor apareció con una fuente de judías estofadas, y Teodorito le preguntó:

—Pero ¿y ese hombre? ¿Todavía no se ha levantado ese hombre?

—No, Don Teodorito; duerme todavía.

—Va usted á conocer, amigo Claudio, á un hombre notable que he cazado esta tarde en la estación del Mediodía. Al señor Don Aniceto Pérez Morral, honrado vecino de Villarejo, que estaba atontado en mitad del andén sin saber á dónde dirigir sus pasos tímidos.

—¿Y usted ha visto en él un buen blanco para tirarse á fondo, no? ¿O ha preferido usted timarle?

—¡Hombre, no hay derecho, amigo Claudio!

—Entonces se ha limitado usted á servirle de intérprete, ¿verdad?

—No, de algo más: de mentor, de ángel tutelar, para que no se pierda por Madrid y, además, para que lo conquiste en veinticuatro

horas. Y trato hecho: el señor Morral permite que yo le encumbre en poco tiempo á cambio de unas pocas pesetas y de dejarme convidar en unos cuantos cafés; total: una miseria, que recibo en pago de una celebridad sonora que voy á conquistar para él. Bueno; como usted comprenderá, no era cosa de que este individuo ande por Madrid con semejante nombre; á un señor que se llama Aniceto Pérez Morral hay que lyncharlo sin remedio, y en vista de semejante peligro, he decidido cambiarle el nombre. Ya no se llama Don Aniceto Pérez Morral; se llama Tartarín de Tarancón. De Tarancón, ¿eh? No llega á merecerse ser de Tarascón.

—En resumen—exclamó Don Aristides—: que tú eres un *fresco*, como de costumbre, y que vas á vaciar á ese pobre hombre cándido.

—¡No, que voy á dejárselo á usted para que lo vacie!

—No te tiro una judía á la cabeza por no lesionarte, ¿sabes?

—Ello es—prosiguió Teodorito—que le he hecho creer á nuestro hombre que tiene un talento colosal y que, empleándolo en Madrid, Madrid es suyo. Por lo pronto, ya ha obtenido la primera victoria apenas ha llegado: el corazón de doña Leonor.

—¡Hombre! —murmuró gravemente Don Gustavo, un poquillo escandalizado.

—Como usted lo oye, Don Gustavo. Doña Leonor se ha enamorado de él, platónicamente claro, en cuanto lo ha visto. Que por esta vez perdone Don Jerónimo, nuestro insigne hostelero.

—Bueno, pues conozcamos á ese peregrino señor—digo yo.

—En cuanto despierte. Venía el pobrecito derrengado, molido, con el calor del tren y el viaje tan largo; la noche pasada no ha dormido, y como yo me encargo que esta noche tampoco duerma, era piadoso dejarle ahora que descansase. Tengo para esta noche un programita de cines con *varietés* y de cafés con media... Luego, á última hora, una cenita en la Bombilla y á la vuelta algo de café cantante...

Llamaron á la puerta é inmediatamente sentí la voz de Esteban. Las ganas que tenía de verle me quitaron las últimas que tenía para el postre, y me levanté de la mesa para acompañarle á mi cuarto.

—¿Qué, qué ha ocurrido?—me preguntó con nerviosa ansiedad.

—Pues lo mejor que podía ocurrir; tranquilízate. Hé de decirte, ante todo, que, en efecto, Belén está enamorada de ti. Su madre también te quiere. Pero, amigo mío, has sido un mentecato en no acudir al principio de las relaciones con ese hombre; si acudes más á tiempo, á estas horas ya estaban rotas y tú en su puesto.

—¿Pero yo qué sabía? Si la primera noticia

que he tenido de semejantes relaciones fué ayer, cuando supe que se casaba.

—Pues es una lástima, hijo, que nadie te haya enterado antes. En fin, ó soy un psicólogo de perra chica, ó veo claramente tu boda con Belén, que dicho sea entre paréntesis, es toda una mujer, pero toda una mujer; como bonita y como espíritu. ¡Vaya una niña hablando! Aunque no hubiera tenido razón, se la hubiera dado sin remedio. Bueno, á lo que no hay derecho, como diría el majadero de Teodorito, es á tener unos amigos como Don Fidel y doña Pura. Don Fidel y doña Pura llevan, cada uno en su sexo respectivo, la representación de la necesidad humana. ¡Chico, qué manera de batirme con ellos! Una hora hemos estado discutiendo... Tienes en esos señores dos enemigos formidables, ¿sabes?

—Pero, en substancia; ¿qué va á ocurrir?—interrumpiome, impaciente por el final de todo aquello, Esteban.

—Pues, en substancia; lo que te he dicho: que creo vas á casarte con Belén. Mañana, por la tarde, volveré á visitarles y sabré la respuesta definitiva. Durante esta noche meditarán sobre el asunto. Es muy natural que se tomen este tiempo; tratándose de deshacer una boda, no pueden hacerlo Belén y su madre como lo haría yo, de golpe y porrazo.

—¿Y de veras crees tú que la respuesta confirmará la buena impresión de hoy?

—Desde luego, hombre—contesté, por tranquilizar su ánimo, sin que yo, en realidad, tuviese mucha fe en lo que decía, pues el matrimonio de marras me daba muy mala espina; podía, en mi ausencia, vencerme fácilmente, sugestionando el espíritu indeciso, abatido, de aquellas dos pobres mujeres tan ingenuas; por presentir la posible revancha de Don Fidel y su distinguida esposa, hube yo de suplicar que no se molestasen en enviarme la respuesta por escrito, para con mi presencia, en una segunda entrevista, poder ganar el terreno perdido, caso de que mi temor se viera justificado—. Pero, vámonos á tomar el fresco, querido poeta; te dejaré en tu casa.

Al salir de mi habitación y cruzar el comedor, nos detuvo Teodorito.

—Pero ¿se va usted á ir sin conocer á Tartarín? Quédense ustedes un instante, que acaba de despertar el maestro y está vistiéndose.

—Maestro, ¿eh?

—¿Pero ese señor gordo y grasiento escribe versos?—se aventuró á preguntar Don Gustavo.

Y como todos nos echásemos á reir, quiso rectificar.

—Entonces, ¿por qué le llama usted maestro, señor poeta?

—¡Toma, si en Madrid no llamásemos maestros más que á los que lo son!

Don Aristides intervino:

—Teodorito, eres un pequeño cínico.

—Querido Don Aristides, hay que vivir; y la adulación, ya sabe usted, no es de los peores medios de vida. ¿Viviría usted sin la *coba* que da á doña Leonor y á Don Jerónimo?

—¿Y vivirías tú si no fueras tan sinvergüenza?

—Ahí, donde usted lo ve—agregó Teodorito—, ese hombre gordo que atiende por Tartarín se ha venido á Madrid con más de cincuenta duros; ¡un fenómeno de estos tiempos!

—Insisto en que eres un cínico, Teodorito.

—Lo que tiene usted, gran Don Aristides, es una envidia que le corroe, por la adquisición que he hecho de ese señor.

Doña Leonor entró á recoger la mesa.

—Vamos á ver, doña Leonor—dijo Teodorito—; ¿qué opina usted de tan guapo caballero, como es el señor Tartarín?

Doña Leonor suspiró disimuladamente, y contestó:

—Que de veras es guapo. ¿Va á estar mucho tiempo en Madrid ese señor?

—¡Toda la vida! De que no se escape me encargo yo.

Doña Leonor volvió á suspirar, ya esta vez sin disimulo. En aquel instante apareció el anunciado Tartarín, seguido del bueno de Don Jerónimo. Teodorito corrió á abrazarle.

—¡Maestro! ¡Querido maestro!

Don Jerónimo dedicó á Tartarín grandes inclinaciones de cabeza. Doña Leonor se lo comía con los ojos á miradas lánguidas.

—Señor Don Aristides, voy á tener el honor de presentar á usted al peregrino caballero Tartarín de Tarancón. ¿No ha oído usted hablar de él?

—Sí, recuerdo...

—Don Gustavo, haga usted el favor de acercarse. Tengo el gusto de presentar á usted al insigne Tartarín de Tarancón... ¿Qué, no le conoce usted? ¿No recuerda usted haber leído las sublimes hazañas de este caballero? Y ustedes—continuó Teodorito, dirigiéndose á nosotros—, ¿no saben ustedes quién es este hombre singular? Pues voy á decir á ustedes quién es Tartarín:

Tartarín, señores, es un caballero noble, altivo, heroico, gallardo y tan fiero que, acaso, su gesto soñó el Romancero; galán donjuanesco, bravo paladín, lo mismo desnuda su espada gloriosa en lucha sangrienta que en lid amorosa... ¡Vedle aquí, señores; este es Tartarín!

Huyendo del pueblo do esconde su gloria, á la corte llega, por dejar memoria de su bella, rara, peregrina historia, pues á sus hazañas no encuentra confín; y como los triunfos los lleva por norte, logrará en dos días conquistar la corte... ¡Miradle, señores; este es Tartarín!

Dentro de diez días será diputado;
como autor dramático, se verá laureado;
como hombre galante, será tan amado
que por él mil Evas hallarán su fin;
soñador, estoico, valiente, invencible;
para él no habrá escollos ni ruta imposible.
¡Asombraos, señores; este es Tartarín!

Quiso la fortuna que, bajo este techo,
tuviera cobijo; mas ¡ay! que es estrecho,
para hombre tan grande, tan flácido lecho
como el que le brinda la fortuna ruin;
¿y ha de huirse al punto del triste palacio
del buen Don Jerónimo, por buscar espacio
más ancho y más digno del gran Tartarín?

¡Vamos, pues, maestro! Madrid te saluda
y sus brazos te abre; la suerte te ayuda,
mi amor te bendice, tu genio te escuda,
te aguarda una brava victoria sin fin...
¿Quién trajo á este mundo más bellas promesas?
¿Quién soñó más locas y heroicas empresas?
¿Quién voló más alto que el gran Tartarín?

Al finalizar cada estrofa, Tartarín habíase inclinado en ademán de profunda modestia, en tanto que la merengosa doña Leonor clavaba en él sus ojos inflamados. La improvisación (perfectamente aprendida de memoria) valió á Teodorito una salva de aplausos; todos aplaudimos. El ceremonioso Don Jerónimo, recogiendo como un «pez» la alusión de la estrofa cuarta, acercóse á Tartarín y le espetó:

—Señor Tartarín, yo me honro mucho con tener á usted en mi casa; y como el poeta dice que es estrecho el cuarto que usted ocupa, según me ha parecido oír, desde esta noche, señor Tartarín, dormirá usted en nuestra cama de matrimonio.

—¡Oh, sí... sí!—exclamó doña Leonor, sin poder contenerse.

—¡Vamos, maestro! Mañana no nos esperen ustedes á almorzar; ¿sabe, doña Leonor? Desde este momento empieza el señor Tartarín la conquista de Madrid. ¡Adiós, señores!

—Señores... —saludó Tartarín, inclinándose ante todos.

Tartarín y Teodorito salieron. Ni el mismo Don Gustavo, todo comedimiento y mesura, pudo refrenar su indignación por el «desplumén» de que iba á ser víctima Tartarín por parte de Teodorito, y dijo:

—¡Qué poco vergüenza tiene este Teodorito!

—¿Poca?—gritó Don Aristides—. Yo creo que nació ya sin ella, como Adán...

Esteban y yo salimos también.

V

Realizáronse mis presentimientos antes de lo que podía suponer. No necesité ir nuevamente á casa de Belén para ver que el enemigo había ganado el terreno perdido y amenazaba con ga-

nar la batalla. A media mañana, cuando yo aún dormía, despertóme Don Jerónimo para entregarme una carta de carácter urgente que acababa de llegar á la mano. Eran cuatro líneas de Belén, corteses, pero diciéndome, suplicándome que emplease mi buena amistad con Esteban en hacerle desistir de sus inoportunos propósitos, toda vez que ella, por razones de seriedad, ni podía ni quería volverse atrás en sus compromisos adquiridos.

Semejante carta hizo desmerecer á mis ojos el concepto que de Belén había yo formado. Hubiera sospechado en ella una negativa más enérgica, más intransigente, pero no vulgar y ñoña como la que daba. Aparte la poderosa sugestión que en ella habían obrado mis formidables y molestos enemigos, veíase en Belén, por ese momento, en virtud de la carta, á la mujer criada en la hipocresía ambiente de una sociedad egoísta, sin valor para responder á las ambiciones del corazón, con valor sobrado para llevar á cabo los mayores absurdos defendidos por la ley, el sentido común ó la costumbre.

No me aplanó la resolución de Belén ni su actitud abatió mis esperanzas. Semejantes peligros, semejantes lides difíciles han sido y serán siempre mi vocación y contento. Así ha sido más gozoso mi triunfo cuando he logrado vencer en enrevesadas contiendas. Si después de haber hablado el día anterior con Belén y su madre, mi visita inmediata era oportuna y conveniente, después de la negativa de Belén, era algo más: era indispensable. Había que buscar al enemigo en su propio terreno y destrozarle, ya que atraerle y reducirle por la paz no era posible.

Almorcé temprano y tomé un tren que salía mucho antes del que me serví la tarde anterior. El mismo caballo que había alquilado en el pueblo veinte horas antes llevéme hasta la casita de campo; anuncié mi visita, esperé la venia, y un criado vino á decirme, á vuelta de finas palabras, que la señora sentía muchísimo no poder recibirme por hallarse indispueta la señorita, y que ya habría recibido una carta de ella.

Encargué al criado (que más tarde supe que no era de Belén, sino de Don Fidel y doña Pura) ofreciera mis respetos á doña Paz y á su hija; piqué espuelas y volvíme á Madrid, doliéndome de que el enemigo que bullía y rebullía en Don Fidel y doña Pura y, hasta como duende agazapado, en la naturaleza psíquica, contaminada del ambiente social, de la madre y la hija, me hubiese hecho sentir por segunda vez la virtud de su poderío, pero no desalentado por ello, nunca desalentado; y de esta suerte iba yo huragándome el cerebro hasta dar con una idea digna de llevar á cabo empresa tan espinosa; y tras de adquirir y desechar varios pensamientos, dí con uno que ni pintado para el caso, y apenas regresé á Madrid, fuíme en busca de

Esteban para referirle mis andanzas y proponerle mi resolución.

—Amigo mío—dijele, saliendo con él á la calle—, hay que dar el golpe definitivo. El éxito quiere escaparse de nuestras manos, pero no se escapará; hay que hacer que no se escape. De algo ha de servirme este doctorado en mundología que ostento, gracias á las mil desagradables peripecias que en el mundo llevo sufridas.

Y á continuación le referí el lance de la carta recibida por la mañana, de mi viaje adelantado y de mi intentona infructuosa.

—Pero no hay que apurarse; es decir, no debes apurarte, porque yo por nada me apuro, según mi costumbre. Desde este momento—añadí—varía mi táctica de guerra. Yo desaparezo de escena para volver á salir más tarde, si fuera menester. Ahora va á aparecer otro personaje que, ó mucho me engaño, ó va á decidir la batalla en favor nuestro. Se trata de un personaje importante, de indiscutible influencia, de notorio poderío... ¡Un cura! Ahora necesitamos un cura y hay que echarse á buscar un cura inmediatamente... De lo mucho que puede un cura hacer en este asunto, no dudes... Para un cura no hay nada imposible. Lo que no consiga un cura no lo consigue nadie de este mundo.

Como Esteban, desde la tarde de la Moncloa, había caído en un mutismo absoluto y sólo consigo mismo hablaba, profundamente preocupado, hube de continuar:

—Bueno. ¿Tú conoces á algún cura?

—A Don César.

—¡Sí, hombre, Don César! ¿Cómo se me había ido á mí de la memoria este hombre? Además, es que ni hecho á propósito para la comisión que voy á darle.

—Pero no sé dónde vive, hace tiempo que no sé de él...

—Yo le encontraré, no te quepa duda... Ni un cura, con ser el pájaro que mejor sabe ocultarse cuando quiere, la más escurridiza anguila que existe, resistese á mi instinto políciaco, dicho sea sin ningún género de modestia. Cuenta, pues, con el cura antes de veinticuatro horas... Y como me hace mucha falta, voy en pos de Don César cuanto antes. Adiós, querido, hasta mañana... No pongas esa cara, hombre... Ten la seguridad de que Belén es tuya... Ya verás qué lindamente te la pone en las manos la elocuencia de Don César. Dada, para fortuna nuestra la devoción cristiana de doña Paz y de Belén, Don César va á caer en aquella casa como una bomba. Como una bomba de una dinamita suave, que no estalla estrepitosamente, pero que destruye cuanto quiere, como la otra, que se ha desacreditado por el estampido... Mira tú por dónde vas á deberle tu felicidad á un cura... De qué medios se vale el amor para lograr sus fines, ¿eh? Será una compensación muy justa. Cuando en nombre de la religión se cometen tantos crímenes, ¿por qué

no iba á servir para defender la noble causa de un amor en peligro de fracaso? Un ¡hurrah! á la sotana... A lo menos á que te obligas, después del triunfo, es á alistarte en Los Luises ó á confesar cada ocho días...

VI

Don César tuvo al verme una gran alegría. —¿Pero dónde se ha metido usted, hombre, que no se le ve?

—¡Ay, Don César, si viera usted la vida que yo llevo! De aquí para allá, escribiendo artículos, enamorando editores, que en eso de resistir las tentaciones son todo una virtud salvaje, á caza de dos pesetas, sin sosegar, sin parar... En pleno siglo xx soy un aventurero de la Edad Media, créalo usted, Don César, y no en busca del vellocino de oro, sino del humildísimo vellocino de dos pesetas, Don César... Pero no se trata ahora de mí. Se trata...

Y de pe á pa conté á Don César la divertida historia de los amores de Esteban con Belén, y cuando hube terminado de referirla hasta en sus más nimios detalles, díjele á modo de corolario:

—Sólo su talento de usted, querido Don César, su fina habilidad y su elocuentísima persuasión pueden decidir favorablemente este asunto erizado de inconvenientes. Usted tiene que hablar al corazón de esa muchacha, al de su madre también; se trata de un caso de conciencia; esa muchacha quiere á Esteban y, sin embargo, vese obligada á casarse con otro señor... Esto no puede ser; es un absurdo, es obrar contra conciencia... Usted, en nombre de Dios, no debe consentirlo y por eso aconseja usted que se deshaga á tiempo el error doloroso en que pueda caer esa muchacha, por un exceso de conformidad ante los hechos consumados y próximos á consumarse... ¿Cuándo vióse tan desvalido el amor, como en el corazón de Esteban, ni cuándo vino á prestarle tan precioso valimiento como el que ofrece su palabra de usted, ardiente, inspirada y generosa?

Don César prometiome acometer la empresa con verdadero cariño é interés. Esteban le era muy simpático, tenía en mucha estima, y reconocía, además, un derecho indiscutible por parte de nuestro amigo á la mano de Belén.

Abandoné á Don César y fuíme á realizar la segunda parte de mi pequeño programa, buscando á cierto amigo muy metido y ducho en lances de honor. No tardé en dar con él y endilgarle el consabido discurso.

—Amigo Llano, es menester que no diga usted una palabra á nuestro querido Don César de cuanto voy á explicarle. Es cosa que debe ignorar, por ahora, á fin de que el plazo que tengo en cierto asunto no se desbarate por la piadosa intervención de un cura.

—Puede usted estar seguro de mi silencio.

—Pues oiga usted una breve y sencillísi-

ma historia. Esteban Villamar, á quien usted conoce, desea batirse en duelo con un Don Gonzalo Luján, persona que no ha visto en su vida y que no le ha inferido la más leve ofensa. ¿Por qué, no existiendo ofensa alguna, quiere batirse Esteban con ese señor? Por una razón naturalísima. Porque ese señor piensa casarse dentro de seis días con una antigua novia de Esteban, que quiere á Esteban más que á su novio actual y de la que Esteban está enamorado hasta lo infinito. Como Esteban no puede en manera alguna consentir la boda de la mujer que ama con otro individuo, y el tiempo apremia, y seis días que restan para celebrarse su matrimonio no son ocasión la más á propósito para decirle á un señor, lisa y llanamente: «hombre, no se case usted..., deje usted que yo me case con su novia...», opina Esteban, y yo con él, que se impone un acto violento, un desafío... El escándalo que producirá obliga forzosamente á la dama en cuestión á elegir marido en cinco minutos, ¿no le parece á usted?

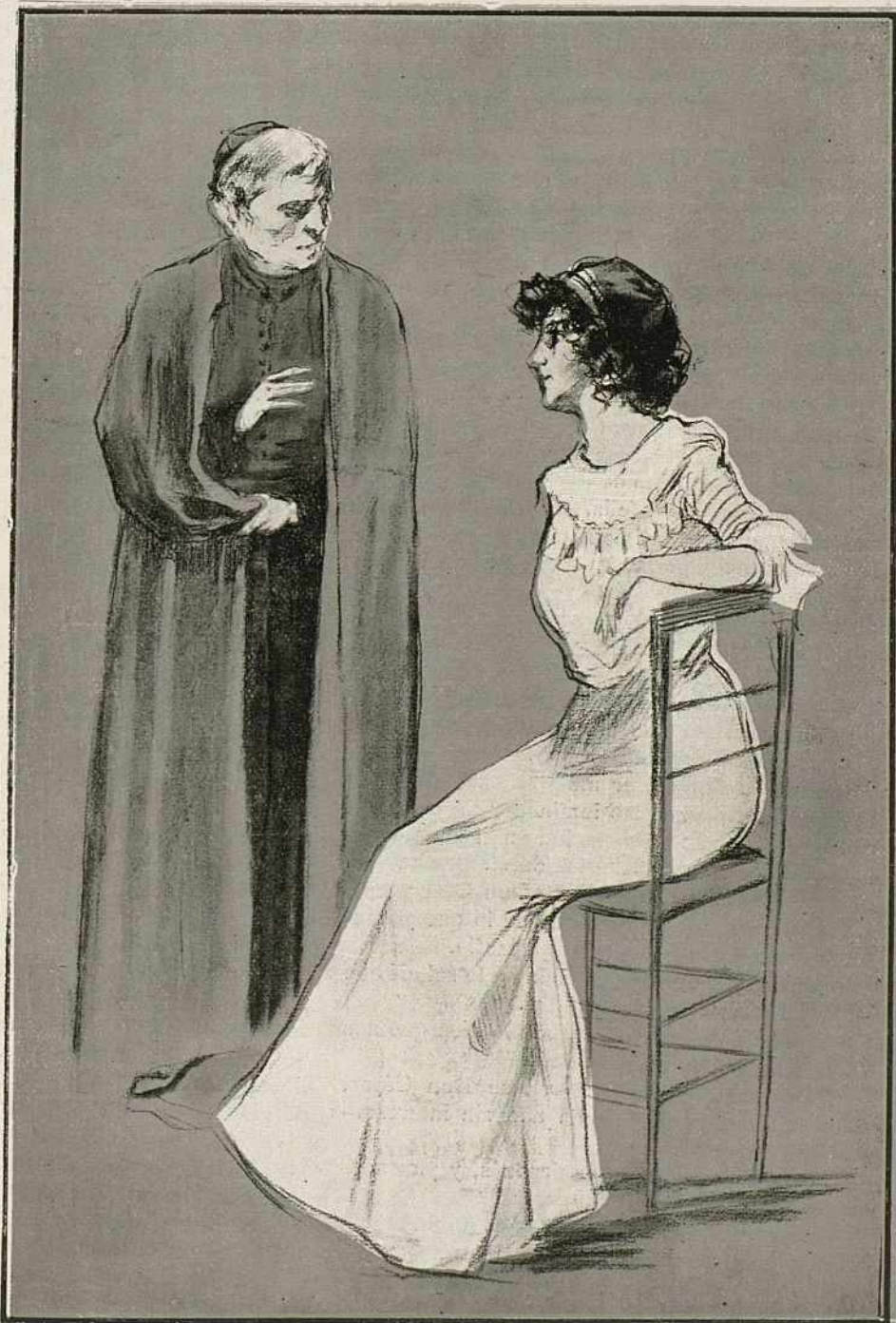
Y aquí termina la historia con la siguiente moraleja: Que al intentar burlarle la dama á Don Gonzalo Luján, se le hace un favor enorme, pues que su novia no está enamorada de él, contra lo que supondrá, dejándole en libertad de consolarse con otras del desengaño de ésta, digo yo.

Hice una pausa, y añadí:

—¿Halla usted algún inconveniente en representar, en unión mía, á nuestro amigo Villamar?

—Ninguna; no, señor.

—Pues entonces mañana á primera hora iré



á su casa para que firme usted una carta dirigida al prometido de esa señorita, Don Gonzalo Luján, carta que yo en persona entregaré á dicho señor mañana mismo, ¿estamos?

—De acuerdo. Para todo cuanto me necesite, estoy á sus órdenes. Se batirán esos señores, y si salen los dos con la cabeza rota, mejor que si salen uno. No creo yo que el amor

de una mujer merezca que dos hombres se pinchen poco ó mucho, pero esto sería motivo de una disertación, y yo tengo ahora mucho que hacer, ¿sabe usted? Son las doce y media, y me están esperando en la Peña unos amigos para irnos á la Bombilla...

—¡Ah! Ese deber es sagrado, amigo mío; tampoco creo yo que una mujer valga la pena de que un hombre, por meterse á disertar, deje de ir á la Bombilla... Recuerdos á Juan, y hasta mañana.

Yo también, como el despreocupado y simpático Teodoro, tenía mucho que hacer. Tenía que tomar un par de *bocks* de cerveza fresca porque el calor de aquella noche hacía el aire irrespirable; tenía que meditar acerca del plan estratégico puesto en marcha... Por un lado, la intervención religiosa en el caso de conciencia de Belén, que prometía un triunfo definitivo; por otra parte, el acto de violencia que obligaba al novio á pedir á Belén claras explicaciones de su conducta antes ó después del desafío... Sentíame Napoleón por un instante... Estaba satisfecho de mi estrategia... Y orgulloso de mí mismo, feliz, sonriente y sudando á chorros, aposenté mi napoleónica persona ante un veladorcito de la acera de la *Maison Dorée*.

VII

Llegué á casa de Esteban para darle cuenta de mi entrevista con el prometido de Belén, apenas había llegado Don César y se sentaba. El rostro de Don César mostraba un gesto solemne y beatífico, signo luminoso, sin duda, de lo logrado por su intervención en el asunto encomendado á su carácter sacerdotal. Esteban, en actitud expectante, miraba á Don César, más preocupado de su gestión que de lo que yo pudiera decirle con referencia al desafío.

Estreché á Don César la mano y le saludé con estas palabras:

—Su cara de usted dice todo lo bien que nos va á ir en el asunto, ¿verdad?

—Veremos, veremos...—repuso Don César, adoptando en el asiento un ademán interesante—. Veremos...

Miró á Esteban, miróme después, y pausadamente, gravemente, manifestó:

—Señor Villamar, la visita que en nombre de usted y por encargo de nuestro querido amigo Claudio he hecho esta tarde en casa de la señorita Belén Arriaga, me ha honrado sobremanera. Harta modesta es mi personalidad para haber intervenido como consejero en asunto tan delicado y difícil, y por eso quiero hacer á usted expresión de mi agradecimiento por la honra que...

—Mire usted, querido Don César—dijele atajando el exordio de su discurso—. Nada de molestias, ni de gratitudes por parte de usted. Usted es un cura encantador, y yo ejemplar en

su género, que se merece esta comisión y otras de más excelsa calidad, y no hablemos más de ello. Adelante.

—Perfectamente... Pues he tenido el gusto de conocer y hablar á la señorita Belén y á su madre; primero á ésta, después á la muchacha... La visita que usted, amigo Claudio, hizo á esas señoras produjo en ellas un magnífico efecto en pro de nuestros deseos; pero, amigo mío, cuando yo he llegado había usted perdido por completo la batalla. El miedo á quebrantar las promesas dadas por Belén, burlando la buena fe, la confianza de su prometido, había hecho desistir á la muchacha de la idea del rompimiento, y para evitar cualquier intromisión violenta por parte de Villamar en el día señalado para la boda, se había pensado en adelantar la ceremonia dos ó tres días.—Muy justo y de conciencia es—he dicho yo á esa señorita—que quiera usted ser fiel á una palabra dada, no quebrantándola por ninguna conveniencia mayor; pero cuando el cumplimiento de esa palabra entraña un acto de insinceridad, como el que supone casarse con un hombre de quien no se está enamorada, haciendo, sin embargo, protesta de estarlo, y esa insinceridad redundando en perjuicio de otra persona más, como en este caso, entonces, hija mía, es caso de conciencia arrollarlo todo para seguir adelante en el camino trazado. Después de mucho hablar ella y yo, Belén, convencida por sí misma, más que por mis palabras, ha terminado diciéndome: —Dígale usted á Esteban que sí, que yo deseo tanto como él romper esta boda; pero que yo, dignamente, no puedo hacerlo...; que espere un poco y veremos qué ocurre... Apenas vea á mi prometido le diré que me encuentro enferma y que suspendo la boda hasta encontrarme bien, y no va mucha mentira en ello, créame usted... Y pondré á prueba su cariño, por si no fuese tan grande como creo, y eso me diera motivo para el rompimiento... En fin, yo haré cuanto pueda por realizar nuestro pensamiento sin ofender la dignidad de mi prometido...—Esto es todo lo definitivo que Belén me ha manifestado. Ahora, queridos amigos, á esperar y...

—No, querido Don César—intervine yo—. No hay nada que esperar, afortunadamente. Belén no tiene que tomarse la molestia de poner á prueba el cariño de su prometido. Ese pequeño trabajo me lo he tomado yo, sin saberlo.

Y referí á Don César el proyectado desafío de Esteban con el señor Luján, agregando:

—Acabo de avistarme con el señor Luján. Y dicho señor ha venido á solucionar el conflicto, satisfactoriamente para todos, diciéndome: «Nunca tuve una fe absoluta en el cariño de esa señorita, aunque tampoco sospeché nunca que tan hondo hubiera labrado en su corazón el recuerdo del señor Villamar. Así, pues, renuncio desde este momento á realizar mi boda con esa señorita y continuar mis relaciones con ella. Se-

mej
bía
y qu
no l
za.
tro
Que
tuya
cant
cias
cura
le in
merc
tos
haba
De
carac
—
malc
le un
más
debe
el té
hora
de s
que
—
últim
porq
term
Trata
podfa
ble...
impla
eso h

Es
Belén
á un
los in
amigo
visto
lla M
Son
mi cu
abiert
tores
esta l
Madr
luna.
triste
tomo
cismo
por es
empre
Sí,
me. E
se me
paz...
ha pu

mejantes palabras demuestran que Belén no había inspirado al señor Luján una pasión honda, y que, puesto á prueba, el amor del señor Luján no hubiera resistido mucho por su poca firmeza. Lo mejor que podía haber solucionado nuestro asunto y lo que menos podíamos sospechar. Querido Esteban, ven á mis brazos... Ya es tuya otra vez, y ahora para siempre, la encantadora Belén. Don César, las más vivas gracias por su afortunada gestión... Es usted un cura como no hay dos... En pago á su trabajo le invito esta noche á un poco de juerga en el merendero de Juan... Nos beberemos unos chatos de Montilla, bailaremos una polca y una habanera y...

Don César protestó de mi invitación, riendo á carcajadas, llenas de bondad y buena fe.

—Por Dios, Don Claudio, no sea usted malo... Y á usted, señor Villamar, he de hacerle una advertencia. Opino yo que para evitar lo más posible la avalancha de la murmuración, debe usted arreglar sus cosas para casarse en el término de un mes, y... hasta cuarenta y ocho horas antes de la ceremonia no parecer por casa de su novia. Entiéndase con ella por escrito, que es más discreto en estas circunstancias.

—Y yo—dije á Esteban—he de hacerte una última manifestación. Mi sentimiento profundo porque la historia de este pedazo de tu vida termine en beda, como en las novelas cursis. Tratándose de Belén y de tí, poeta burgués, no podía acabar de otra manera... Pero es sensible... es lástima que en España no esté ya implantado el amor libre... En fin, cástate, si eso ha de hacerte feliz.

VIII

Esta mañana ha sido la boda de Esteban y Belén... He asistido á la ceremonia, después á un almuerzo con que nos han obsequiado á los íntimos, luego he estrechado la mano de un amigo y de su compañera; por último, les he visto montar en el coche y alejarse, camino de la Moncloa...

Son las doce de la noche. Me encuentro en mi cuarto. Escribo estas líneas junto al balcón, abierto á la noche tibia de Octubre... Los pintorescos personajes que comparten conmigo esta hospedería aún no han venido á dormir. Madrid está envuelto en una hermosa noche de luna. Y al escribir estas líneas yo estoy un poco triste, un poco desesperanzado, yo que todo lo tomo á burla, yo que tengo un suave escepticismo para todas las cosas ideales y buenas y por eso acometo, confiado y seguro, mundanas empresas que muchos juzgan imposibles.

Sí, queridos míos; esta noche no puedo reirme. El pícaro microbio de la sentimentalidad se me ha metido en el corazón y no me deja en paz... ¡Diablo de corazón! Qué triste se me ha puesto sin saber por qué... ¿Será porque se

encuentra solo y tiene envidia de Esteban y Belén?... ¿Será porque la luna mata la ironía á fuerza de tristeza? La luna... La luna hace pensar en muchas cosas, y todas tristes... En la primera novia que hemos tenido, en los muertos que nos son amados, en la música y en la nieve de *La Bohème*, en la agonía de *Cyrano*, en los días que apoyamos la cabeza niña en el hombro de nuestra madre, en aquella mano de mujer que tembló entre las nuestras...

—¿Qué le hace á usted pensar la luna?—pregunté una vez á cierta mujer.

Y me contestó riendo:

—Nada absolutamente.

—¿Y á usted, que le hace pensar el sol?—preguntóme á su vez burlona, volviendo á reír.

—Nada interesante—contesté—. De día, con sol, murmuro cuanto puedo; miro las cosas, á la luz cruda del día, con un gran desprecio, por lo muy groseras y ruines que son. De noche, en cambio, con luna, sobre todo, miro la vida piadosamente; la noche me vuelve poeta... Siempre que haya luna, puede usted pensar: —Claudio está triste... Aquella mujer no se había enamorado nunca. A los que nunca se han enamorado, la luna no les dice nada... Yo hablaba ingenuo, sin miedo al ridículo, y ella se reía... A estar enamorada—proseguí diciéndole á aquella mujer—, no se burlaría usted de mí, ni hablaría tan alto esta noche, ni se reiría tan frivolamente. Las noches de luna son para hablar bajo, al oído, para pensar sin hablar, para soñar un poco... Enamórese usted y aprenderá á estar triste.

—¿Que me enamore? ¿Pero es que ustedes, los hombres, saben decir cosas interesantes? En amor, ¿no es todo igual? ¿una cosa constantemente repetida?... Soy tan incrédula, que si supiera que alguien habría de contarme algo interesante, le escucharía sin falsos titubeos. ¿A que usted no se atreve?

—Me atrevería si creyese que iba usted á saber escucharme... Esperaré un día que acierte usted á estar triste para poder hablarla.

—¿He de estar triste, precisamente?

—Triste ó no, ha de ser uno de esos momentos en que place el alma escuchar melancolías íntimas, como consuelo de las propias, en que al rumor de una voz insinuante, despiertan en el corazón sueños desconocidos; uno de esos momentos en que parece ver cristalizar á una esperanza en algo hermoso y cierto, en que ven los ojos que vuela hacia nuestra vida algo inefable, nebuloso, casi verdad y casi misterio, algo con sabor á felicidad, á sueño realizado...

Me miraba irónica... Se reía... Han pasado seis años. No he vuelto á saber de ella... Por más que la busqué, no la he encontrado... ¿Qué será de aquella mujer seca, fría, incrédula, que se reía del amor y supo enamorarme?... Tú, la elegida de mi corazón, ¿dónde estás?

Decididamente, esta es noche de recuerdos, de sentimental divagación... La mutua compa-

ña que están saboreando Esteban y Belén viene á hacer triste mi soledad. Van desfilando ante mis ojos mujeres buenas, mujeres apasionadas, mujeres soñadoras y lindas... pero ninguna me apaga esta sed que tengo, esta sed que tú has encendido, mujer dura, fría, incrédula...

Mientras Esteban y Belén, en brazos de la noche, celebran las bodas de su amor, yo voy á contarte un cuento, bello fantasma de aquella mujer sin sueños... Cuento gentil, como de hadas, contado por labios enamorados al oído de una princesa casi niña, que lo escucha con risueña curiosidad, con íntimo encantamiento, mientras una lluvia triste llama quedito á los cristales del palacio en noche de invierno, ó bien mientras el viento perfumado de una noche de Junio cuenta á su vez historias de amor volando sobre la ciudad, sobre los corazones de mujer, con un temblor de fiesta, de verbena... Es un cantar de amor, del viejo amor que anda por el mundo disfrazado de niño, con los ojos vendados, el arco dispuesto y las alas fáciles... Lleva vendados los ojos para no ver quién llora ni quién ríe, y por eso es ciego; apresta el arco, inagotable de flechas, y hiere sin ver, sin querer, jugando, sin intención de causar un daño ni producir un bien; tiene las alas fáciles

y tan pronto las estremece en lo alto, ilusionado, como las pliega en el suelo, sin ansias; tan pronto se posa en un sitio como de él se huye... Es la dulce historia que tú no supiste escucharme cuando mis labios enamorados comenzaron á contártela una noche de luna como esta, buena madrina del ensueño... Y esa dulce historia es universal, es de todos los labios enamorados, no es esta ni aquella fábula de príncipes y pastoras, de pajes y princesas; es el cuento inmortal donde lo más interesante no es el sentido de lo que se cuenta, sino la música de las palabras y donde las palabras son secretos, son besos, son suspiros, porque en el corazón que escucha van diciendo la fe y el ensueño todo lo que quieren que sean... Pero sin fe y sin ensueños, ¿qué puedo yo contarte que tú escuches, sombra querida de aquella mujer que me dejó estas ansias...?

Si un momento he turbado vuestra placidez con mi tristeza, perdonadme... Culpad á la luna que ha despertado mis recuerdos más escondidos, á este lirismo inocente, á esta inofensiva divagación de los que sueñan un poco; culpad á mi amigo Esteban, que ha venido á remover con su felicidad el fondo turbio, amargo de mi «vaso»...

J. Ortiz de Pineta

IDEAL BOUQUET

Perfumería bien surtida.—3, Príncipe, 3, Madrid

CREMA "IDEAL BOUQUET"

De exquisito perfume, compuesta según los últimos descubrimientos científicos. Conserva y blanquea la piel, preservándola de las arrugas y de las pecas. No contiene grasa. Precio 5 pesetas

POLVOS "FÉMINA"

Especiales para cutis delicados. Perfume delicioso
Precio: 2,50 y 4 pesetas caja

Especialidad en la fabricación de
AGUAS DE COLONIA

EL AJUAR DE CASA

53, San Bernardo, 53

Casa Central: Pez, núm. 20.—Teléfono 2.583

Braseros de latón; desde 9 pesetas, completos.

Juegos de portieros, latón, desde 5.

Calentapiés de todas clases.

Alzapuños, Varillas para visillos, alfombras.

Baterías de cocina extranjeras.

Jaulas y plumeros.

25 por 100 comprando en estas Casas

Cayetano Fernández

Recibe en México El Cuento Semanal y admite suscripciones para éste y demás periódicos españoles, dentro y fuera de la capital.

3 • Bolívar, 33

Apartado 1 658

REGALO DE TAPAS

PARA ENCUADERNAR LA COLECCIÓN DE

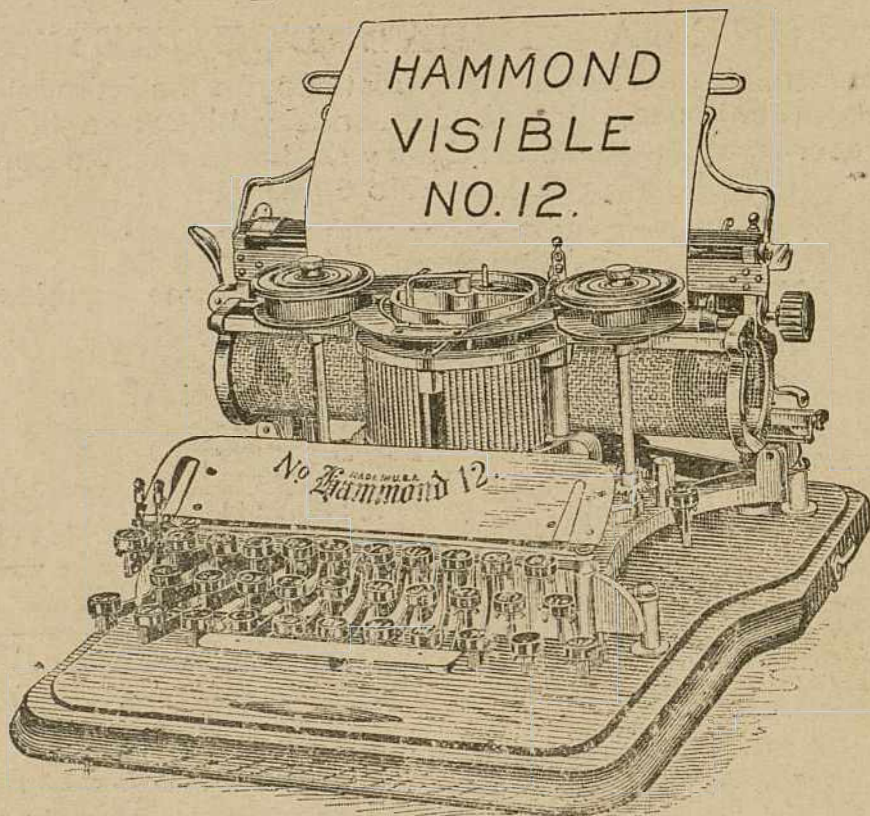
EL CUENTO SEMANAL

Siguiendo la costumbre establecida en años anteriores, á todos los que se suscriban durante el mes de Diciembre, por un año, á esta Revista, se les regalarán unas magníficas tapas de cuero con incrustaciones y relieves en oro, para encuadernar la colección de 1911.

Las suscripciones deben hacerse directamente á esta Administración, Fuencarral, 90, Madrid.

Para todo cuanto se relacione con la publicidad en **El Cuento Semanal**, dirigirse á D. Juan Pérez D. Aragón, Fuencarral, 90, bajo

Las máquinas de escribir



HAMMOND

SON LAS MÁS SÓLIDAS, DE MÁS RESISTENCIA
Y MÁS PERFECCIONADAS DE CUANTAS EXISTEN

Escritura completamente á la vista.--Cintas de dos colores.--Cambio instantáneo de carácter de letra é idioma.--Las únicas con tecla de retroceso.--Las únicas que no pueden desalinear.--Las únicas de impresión automática

VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS

Agente concesionario: RAMIRO GARCIA SUAREZ
MADRID: Carrera de San Jerónimo, 30-BARCELONA: Fernando, 49

Novedades norteamericanas y muebles para escritorio

IMPRESA ARTÍSTICA ESPAÑOLA, SAN ROQUE, 7.-MADRID